

CLASE DE ARTE

—Pero que corazón ni que ocho cuartos, si eso es un culo —dijo Laura sin disimular su cansancio.

—Es que es un culo, pero también a la vez un corazón, si se fija bien señorita, verá que es un corazón al revés. El artista juega conscientemente con la ambigüedad...

Laura estaba a punto de estallar, ¡vaya mala suerte! desde que entró al museo se le pegó el típico pedante entendido en arte. Con el tiempo que llevaba ella esperando que Andreu Cánovas, su más admirado pintor contemporáneo, viniera a la ciudad. Era el último día de la exposición y a duras penas hizo un hueco de dos horas en su apretada agenda para venir a verla sola, como a ella le gustaba, para disfrutar con suficiente tiempo y tranquilidad. Pero se tuvo que tropezar con el moscardón. Era un hombrecillo insignificante, ya maduro, chaqueta a rayas arrugada a juego con pantalón de campana, lucía melena de pelo descuidado y grasiento y unas llamativas gafas de sol grandes y redondas al estilo de los años 70. Desde el primer cuadro andaba tras ella a eso de metro y medio de su espalda, como si fuera su sombra y sin apenas parar su discurso grandilocuente con aquella molesta voz aflautada. Al principio Laura pensó que si no le hacía caso terminaría por cansarse, después empezó la estrategia de frases cortantes, pero nada, ya llevaba treinta y cinco minutos y el hombrecillo no daba muestras de desaliento, más bien al contrario, cada vez parecía más entusiasmado con su monólogo.

—Si lo piensa, señorita, la ambigüedad culo-corazón no es más que una metáfora de la contradicción mayor, entre el amor sufriente simbolizado por el corazón y el amor gozo que sería el culo.

Entonó la palabra culo con un aire sátiro, y Laura no pudo menos que imaginarse los ojos brillantes del hombrecillo que desde detrás se clavaban en su carnoso trasero. -Pero que he hecho yo para merecer esto-pensó. Y entonces se le ocurrió una nueva estrategia. Como si alguien la hubiera llamado de repente se giró en 180 grados y aceleró el paso hacia el otro extremo de la sala dejando claro con su actitud que no quería que la siguiera. No se atrevía ni a mirar hacia atrás. Ojeó los cuadros y se puso delante de uno enorme a rayas rojas y negras. Se quedó como mirando aquella pintura sin verla realmente, más bien se mantenía alerta conteniendo la respiración. Pudo estar así un par de minutos pero afortunadamente no escuchó aquella vocecilla detrás, así que, finalmente, respiró aliviada. El silencio de la sala le sonó a música celestial y notó que se le destensaron los músculos de la espalda. Parecía que lo había conseguido y por fin pudo empezar a ver efectivamente aquella pintura.

—Buena elección señorita, buena elección.